

# EL BAZAR DE LOS SUEÑOS

Miguel Ángel Villar Pinto

Portada e ilustraciones: Mar del Valle



## EL BAZAR DE LOS SUEÑOS

**L**a madre de Suré acababa de morir. Era la única familia que tenía y por ello, aunque todos los vecinos se habían volcado con él durante los primeros días de duelo, dándole cariño y ayudándole en todo lo posible, se sintió muy desgraciado y desamparado. Apenas tenía cinco años de vida.

—¿Quién se va a ocupar de mí ahora? —lloraba Suré—. ¿Qué va a ser de mí?

Afligido y preocupado, encontrando únicamente refugio en la soledad de su habitación, se tumbó en la cama y en ella permaneció días y más días. Soñó con su pobre y bienamada madre, recordó cuánto trabajaba, sin tener tiempo para nada más, con el fin de que los dos pudieran comer y él ir a la escuela, cómo se esforzaba en sonreír aun cuando estaba agotada, y lo mucho que

sufrió antes de marcharse. No falleció en paz, y Suré lo sabía, pues había oído cómo, en su lecho de muerte, le pedía a Dios que cuidara de él. Pero Suré, aunque se aferraba a la piedad del Altísimo, había perdido a su madre y nadie se había ofrecido para protegerle.

Estaban abandonándole las fuerzas, el ánimo y la ilusión por la vida.

Sin embargo, cuando ya casi era incapaz de moverse, escuchó el sonido alegre de flautas y tambores en la calle, y una proclama que decía:

—¡Vengan al bazar de los sueños! ¡Ningún niño puede ser infeliz! ¡Traigan a sus hijos y cumpliremos sus deseos!

Entre lágrimas, Suré recordó una historia que su madre le había contado. Según decían, existía un bazar de sueños que visitaba las ciudades del mundo para llevar felicidad allí donde había tristeza. Sin todavía terminar de creerlo, Suré se levantó y se asomó a la ventana. Vio en la calle a decenas de duendes de altura semejante a la suya que, con entusiasmo y algazara, bailaban y brincaban mientras otros tocaban con gracioso brío los instrumentos.

—¿Los has enviado tú, mamá? —preguntó Suré mirando al cielo.

Y en ese instante, las lágrimas acariciaron una sonrisa en su rostro. Tal vez hubiera alguna esperanza...

Rápidamente se vistió, salió de su casa y siguió, como el resto de los niños, a los duendes. La emoción

nante comparsa musical llegó entonces a un extraño bazar en el que, detrás de varios puestos, esperaban más duendes risueños a los que los niños comenzaron a formular deseos. Aquéllos se los concedieron diciendo siempre:

—A cambio, ayudarás al menos una vez a alguien que lo necesite de verdad.

Y los niños, aceptando el trato, se encontraban con una cesta repleta de caramelos, pirulís, gominolas u otras deliciosas chucherías en sus manos. Mientras Suré esperaba, pensaba que los otros niños no solicitaban más que tonterías.

Llegó su turno y Suré pidió que su madre reviviera. Al instante, la sonrisa del duende que le atendía se borró y se tornó en tristeza.

—Lo siento —le dijo éste—. No podemos cumplir ese deseo.

Cuando escuchó esto, Suré se sintió decepcionado y profundamente abatido.

—¿De qué me sirve entonces haber venido? —dijo Suré—. Mejor hubiera sido haberme quedado acostado.

Y sin levantar la vista del suelo, emprendió el camino de vuelta dispuesto a dormir y no despertarse. No tardó mucho en echar a correr, pues la música y la alegría alrededor eran para él una tortura.

No obstante, antes de abandonar el bazar, oyó una voz a su espalda. Era el mismo duende con el que antes había hablado.

—¡Espera! —le dijo—. Todos nosotros —añadió señalando a sus compañeros— hemos pedido un deseo que no podía cumplirse.

—Eso no me consuela —dijo Suré con amarga sinceridad.

—Lo sé —afirmó aquél pensativo—, pero tal vez haya alguien que te pueda ayudar.

—¿Quién? —preguntó Suré inmediatamente.

—La reina de las hadas —respondió el hombrecillo verde—, pero sólo nosotros podemos verla.

—Entonces, ¡llevadme con vosotros! —rogó el niño.

—Es un viaje muy largo —le advirtió el duende—, y tenemos que visitar otras muchas ciudades antes de volver allí.

—No importa —dijo Suré—. Nada me queda aquí más que esperar la muerte.

El hombrecillo verde miró fijamente al niño, con seriedad, como si estuviera evaluando la conveniencia de la propuesta, o tal vez no... Quizá solamente lo parecía y en realidad había quedado sumido en sus propios pensamientos. No hay modo de saberlo, mas lo cierto es que al cabo de un rato, el duende asintió y dijo:

—Recoge todo lo que sea de valor para ti y regresa al bazar antes del atardecer.

Así lo hizo Suré y, cuando el sol se ocultaba tras el horizonte, salió por primera vez de su ciudad natal acompañado por los duendes del bazar de los sueños. Con ellos recorrió muchos lugares del mundo pensando

que cada paso dado le acercaba más a su madre, y de esta forma el tiempo fue transcurriendo a la vez que Suré comenzaba a sonreír con mayor frecuencia, pues los duendes acostumbraban a reír, bailar y cantar todos los días; formaba parte de su contagiosa naturaleza. Y como se preocupaban de que el niño participara en sus festejos y diversiones, Suré nunca se sintió desplazado, sino más bien todo lo contrario. Se encontraba muy a gusto entre ellos.

De este modo, aunque el niño nunca olvidó la razón por la que estaba con los duendes, la espera se hizo llevadera hasta que una mañana, al entrar el bazar en un pueblecito, el duende que había ofrecido ayuda a Suré le llamó y le dijo:

—¿Ves la montaña que se eleva sobre aquel bosque? —El niño miró hacia allí y asintió—. En la ladera hay una gigantesca piedra azul que tapa la entrada a una cueva. Dentro de ella hay un lago, y en su centro un templo iluminado por la magia de las hadas. Es allí donde habita la reina. Iré a verla y le hablaré ti, pero para eso necesito que me sustituyas hoy en el bazar.

—¡De acuerdo! —exclamó Suré ilusionado—. ¿Qué tengo que hacer?

—Tan sólo actuar como nosotros —le respondió el duende.

—Pero... —dudó el niño—, yo no soy un duende, no sé nada de magia. ¿Cómo voy a hacer para conceder los deseos?

—No te preocupes por eso —dijo el hombrecillo verde—. Pronuncia las palabras que nos has oído repetir y verás como todo va bien.

Dicho esto, el duende se despidió del muchacho y se internó en el bosque mientras éste se situaba tras el tenderete que le correspondía.

Como cabría esperar de un pueblo pequeñito como era aquél, no eran muchos los niños que venían tras los duendes que habían anunciado la presencia del bazar. Suré sintió alivio, ya que era la primera vez que iba a estar a cargo de un tenderete y no sabía muy bien cómo actuar. Había visto cantidad de veces hacerlo a los duendes, pero desde fuera. Ahora él tenía una responsabilidad, y cuando vio acercarse a unos niños hacia él, se sintió un poco nervioso.

No obstante, al ver frente a sí a aquellos tres pequeños con caras muy tristes, con sus zapatos rotos y sus ropas viejas y gastadas, como si fueran un montón de harapos remendados una y mil veces, lo único que sintió Suré fue un gran deseo de hacerlos sonreír.

Detrás de ellos se encontraba una mujer que, en idénticas condiciones, miraba para ellos con amor y ternura.

—Vamos, hijos —les dijo ella con un destello de alegría en sus ojos—, pedid lo que queráis.

—¡Yo quiero zapatos nuevos para mí y mis hermanos! —solicitó uno de ellos.

—Yo —dijo otro—, ¡ropa nueva que nos valga para el

invierno y el verano!

—Y yo —habló el último de los tres—, ¡libros para ir a clase!

—Os lo concedo a cambio de que ayudéis al menos una vez a alguien que lo necesite de verdad —pronunció Suré sintiendo una inmensa felicidad al ver cumplidos los deseos y la reacción de alegría en la madre y los niños.

Bastó este simple gesto para que Suré comprendiera por qué los duendes estaban siempre tan contentos. Se encontraba tan feliz que incluso se olvidó de su propia tristeza. Pero comenzando la tarde recordó a la reina de las hadas y fue creciendo su impaciencia hasta que vio regresar al duende.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Suré.

—Te está esperando —le respondió—. Ve a verla.

—¿Y cómo llego hasta allí? —inquirió nervioso el niño—. ¿Y la piedra, cómo la muevo?

E iba a seguir preguntando cuando el hombrecillo verde le interrumpió.

—Sigue el camino. Nada te impedirá presentarte ante la reina de las hadas.

Y así sucedió. Suré cruzó el bosque, llegó a la ladera de la montaña y la gigantesca roca azul, veinte veces más alta y ancha que él, se apartó para darle acceso a la cueva. Una luz lo iluminaba todo desde lo más profundo, y a medida que avanzaba, parecía que caminara hacia el mismo sol.

Llegado al lago, sintió el frescor de la primavera y la luz clara del verano irradiando el lugar. Había una barca de caoba en la orilla a la que se subió, y ésta le condujo a una isla, en el centro del lago, donde se encontraba un templo rodeado de flores de todos los colores y fragancias. Entró en él, y vio un estanque de aguas tan nítidas y claras, que parecían el más perfecto de los cristales.

—Seguro que ella podrá devolverme a mi madre —se dijo Suré, y llamó a la reina de las hadas.

Al momento, el estanque adquirió una tonalidad dorada, como la de una estrella, y poco después, un gran destello de luz inundó la sala. Suré tuvo que cerrar los ojos. Cuando los abrió, vio a la reina de las hadas volando sobre el estanque. Era la mujer más hermosa que había visto nunca.

—Hola, Suré —le saludó.

—Hola —le respondió el niño.

—Me han dicho que querías pedirme un deseo, y que además eres merecedor de él. Dime, ¿cuál es?

—Quiero que devuelvas la vida a mi madre.

—Comprendo —dijo la reina de las hadas—, mas no puedo alterar los ciclos de la vida. Tu madre, al igual que todos los seres antes de nacer, formaba parte de la naturaleza, y al morir ha vuelto a ella, dando lugar a nuevas vidas. Eso es lo que hace que el mundo se renueve, y también lo que a ti un día te hizo existir. Es el alma del mundo, Suré, el que nos rige a todos, y ningún poder puede alterarlo para que la vida siga existiendo.

—Entonces, ¿nadie puede hacerlo? —preguntó el niño.

—Lo siento —respondió ella.

—¿Y cómo voy a vivir? —se dijo el niño entristecido—. No tengo a nadie.

—Tal vez sí —le respondió la reina de las hadas—. Mientras viajabas con los duendes, ¿eras feliz?

—Sí —reconoció Suré.

—Y hoy, cuando cumpliste los deseos de aquellos que estaban tristes, ¿no te sentiste feliz también?

—Sí —afirmó el niño—, pero yo no soy un duende.

—Suré —le dijo la reina de las hadas—, sólo los duendes pueden verme.

—¡Es cierto! —se sorprendió Suré. Sin embargo, viéndose reflejado en el estanque, dijo—: Pero mi cuerpo sigue siendo el de un niño.

—Hoy usaste el poder que los duendes poseen, y eso permite que tu esencia pueda cambiar —le explicó la reina de las hadas—, pero debes desearlo.

Al instante, con una sonrisa, Suré vio cambiar el reflejo del agua tranquila del templo de las hadas y, en ese mismo momento, supo que una nueva vida comenzaba. Él también ahora formaba parte del bazar de los sueños.



## EL BOSQUE DE LOS CIERVOS BLANCOS

**E**n lo más profundo de un bosque antiguo, vivía una familia formada por un matrimonio y tres hijos. El padre descendía de una larga estirpe de grandes cazadores, y como buen padre que era, se había preocupado de enseñar el oficio a sus hijos. Sin embargo, el más pequeño de todos, llamado Ridalín, amaba tanto a los animales que le resultaba imposible aprender. De hecho, se negaba a hacerlo, obteniendo en consecuencia la desaprobación de sus parientes.

—¿De qué vas a vivir entonces, Ridalín? —le preguntaban éstos.

Y él se encogía de hombros. Ciertamente también estaba preocupado, pues ¿qué otra opción tenía un hijo de cazador que seguir los pasos de su padre? ¿Quién le iba a enseñar los secretos de otro medio de vida si nadie

más habitaba aquel bosque? Y si no aprendía absolutamente nada, ¿cómo iba a sobrevivir cuando faltaran sus padres?

Ridalín, que era muy consciente de esto, quiso obligarse, pero nada podía hacer frente a su naturaleza. Cuanto más lo intentaba, mayor esfuerzo le exigía. Así pues, un día desistió, y tras reunir una gran dosis de valor, decidió abandonar su hogar, cosa que hizo cuando todos los demás estaban ya durmiendo.

Pasó toda la noche y parte de la mañana siguiente andando, sin descanso, para que a su padre y a sus hermanos les resultara imposible encontrarlo. No quería regresar, pues de ser así, estaba convencido de que no volvería a atreverse a repetir lo hecho el día anterior. No en vano, lo más difícil para él había sido asumir que iba a dejar atrás a sus seres queridos.

Por ello, Ridalín había borrado todo rastro que hubiera podido dejar hasta hallarse bien lejos, como se encontraba en estos momentos en los que el sol presidía el cielo. Se tumbó a la sombra, agotado como estaba, y pronto quedó dormido.

Sin embargo, un ruido interrumpió sus sueños. Abrió los ojos y frente a él vio a una cierva blanca atada a un árbol. Junto a ella había una anciana de vestimentas oscuras, quien al ver despertar a Ridalín, dijo:

—¿Cómo es que estás tan solo, pequeño? ¿Acaso te has perdido?

Ridalín no contestó inmediatamente. Había algo en

aquella mujer que no le gustaba, así que respondió con sólo una parte de la verdad.

—Sí, aunque mi padre y mis hermanos me encontrarán pronto. Son cazadores.

Al escuchar esto, la anciana pareció alegrarse.

—Llevo varios días sin comer —dijo— y tengo mucha hambre, pero mis pobres manos ya no son las que eran. Cada vez me tiemblan más, y no quiero ver sufrir a la cierva a causa de mi torpeza. Si me ayudas a matarla, diremos a tu familia que fuiste tú quien la cazó. Sin duda se sentirán orgullosos, pues ciervos blancos no hay muchos, y muy pocos cazadores en el mundo pueden presumir de haber visto alguno.

Ridalín miró con desconfianza para la mujer y luego para la cierva, que ahora se encontraba muy nerviosa.

—¡Qué extraño! —pensó el niño—. Parece haber entendido lo que me pide la anciana, pero ¿cómo es posible? Los ciervos no conocen el lenguaje de los hombres.

—Entonces, ¿me ayudarás? —preguntó la anciana.

Pero Ridalín se negó, y aunque ésta insistió varias veces, obtuvo idéntica respuesta. La anciana, al ver que no iba a poder contar con él para matar a la cierva, se enfureció de tal manera que Ridalín comenzó a sentir miedo. Aquella mujer no era lo que aparentaba.

—¡Niño estúpido! —gritó ella—. ¡También tú te convertirás en un ciervo blanco! —y al instante, sus palabras se hicieron realidad—. Ahora ambos seréis la presa pre-



dilecta de los cazadores, ¡y a manos de ellos pereceréis!

Tras decir esto, creyendo firmemente que la profecía se cumpliría en breve, desapareció. Sin embargo, la anciana desconocía que Ridalín le había engañado. Nadie le encontraría, y además, como conocía las artimañas y estrategias de los cazadores al haber sido criado entre ellos, sabría evitar el peligro. Así pues, se adentró en lo más profundo del bosque después de liberar a la cierva y enseñó a ésta y a los hijos que juntos tuvieron a burlar a los cazadores.

De esta forma pasaron varias generaciones hasta que un día, por descuido, un cazador se encontró con un ciervo blanco.

—¡No puedo creer la suerte que he tenido! —se dijo—. ¡Es increíble! ¡Un ciervo blanco!

Y estaba tensando ya su arco cuando un búho muy viejo, posado sobre la rama de un árbol, le dijo:

—No lo hagas. De lo contrario estarías matando a uno de tus parientes.

—¿Qué ardid tramas búho? Soy un cazador...

—Lo sé —le interrumpió el búho—, y por eso te hago esta advertencia. Hace muchos años desapareció en el bosque un niño llamado Ridalín. ¿Conoces ese nombre?

El cazador entonces se puso serio y respondió:

—Sí, lo conozco. Yo mismo llevo ese nombre en recuerdo de un hermano de mi abuelo, por el que tanto sufrió mi familia. Pese a todos nuestros conocimientos,

jamás conseguimos encontrarle... ¿Qué sabes, búho?

—Lo que sé —contestó— es que hace muchos años un rey castigó a una bruja por sus maldades y ésta, en venganza, tiempo después raptó a su hija, Diralía. La intención de la bruja era quitarle la vida, sin embargo, no podía hacerlo ella misma porque la princesa estaba protegida por la magia de un hada, así que la transformó en una cierva blanca y penetró en este bosque sabiendo que en él habitan grandes cazadores. Se topó con Ridalín, y pensando que era uno de ellos, le pidió que la matara, pero él se negó y unió su destino al de la princesa. Todos los ciervos blancos del bosque son sus descendientes.

—Muy extraña es la historia que cuentas —dijo el cazador.

—Y no por ello menos cierta —repuso el búho—. Muchos hijos tuvieron Ridalín y Diralía antes de fallecer, y sin embargo, ninguno de vosotros los había visto hasta ahora. ¿No te parece eso todavía más extraño?

—Si es verdad lo que dices —interpuso el cazador—, enséñame el lugar donde se encuentran.

—Haré algo mejor —respondió el búho—: Te diré dónde habita la bruja y allí irás acompañado por tus familiares, ya que es poderosa y no conviene que vayas solo. En la gruta del Monte Oscuro obtendréis respuesta.

Y levantaba ya el vuelo cuando el cazador, intrigado, le preguntó:

—¿Por qué haces esto, búho?

—Porque también un día Ridalín se negó a matarme

—le contestó mientras se alejaba.

De este modo, el cazador regresó a su hogar y reunió a sus familiares. A la luz de la lumbre contó lo que le había dicho el búho, y sin aguardar más, todos los hombres cogieron sus armas y emprendieron camino hacia el Monte Oscuro, donde se libró una gran batalla. Cuando al fin una flecha atravesó el corazón de la bruja, ésta se convirtió al instante en cenizas al tiempo que, en otro punto lejano del bosque, junto a un gran lago, los ciervos blancos recuperaban su verdadera esencia.

Se había deshecho el encantamiento, y por ello todos se sentían muy dichosos y felices. No obstante, tanto sabían los descendientes de Ridalín y Diralia de las plantas, y tan acostumbrados estaban a vivir de ellas, que ninguno, pese a haberse roto la maldición, quiso cambiar su modo de vida.

Así pues, se juntaron en un claro del bosque, confeccionaron unas túnicas verdes, y juraron dedicar sus vidas al cuidado de los bosques y de los animales. Con ellos surgieron los primeros druidas, que como todo el mundo sabe, son los grandes conocedores y protectores de la naturaleza.